

Palabras Sobre el Tiempo en Año Nuevo 428

por Sebastián Salazar Bondy

En fin, ahora hay que sentarse ante la máquina y escribir alguna cosa sobre el año que acaba y el que se inicia. Este corte cronológico nos obliga a hacer esta pausa conmemorativa aunque en la vida misma, en el curso cotidiano de nuestros actos, la corriente avance idéntica, fluyendo como el río de Heráclito hacia su ignota desembocadura. Es la idea del tiempo, en el fondo, la que nos preocupa. El tiempo incorpóreo, invisible, silencioso y profundo, cuyo paso deja una huella neta en nosotros y en lo que, de cerca o de lejos, nos pertenece. La figura mitológica de Cronos, impasible y eterno, nos la proponía como un invariable anciano, alguien humano, o, a lo menos, humanizado, cuya voluntad regía el transcurso de los seres vivos e inertes. Hoy el tiempo es una categoría metafísica, algo más terrible, pues, que el olímpico viejo que hacía breve o extensa la existencia.

Nada, en verdad, parece haberse transformado especialmente de ayer a hoy. Aquí está la máquina de escribir, por ejemplo, con su tecla desportillada y sus manías mecánicas que la identifican entre las otras. Y el papel, en ella, se colma de palabras. Cada uno de mis golpes es un latido del tiempo. Y en mí el tiempo ha sido mi precipitación de esta mañana por llegar en punto a mí sitio en la redacción, mi prisa de este momento por hacer el artículo, la diligencia de mis dedos por convertir en hechos estas ideas que tan morosamente acuden a mis llamados. Pero en esto igual fue ayer e igual será mañana. No distingo aquí la frontera del año viejo y el nuevo. Tal vez —sostienen algunos— porque esa frontera no existe. El hombre, sin embargo, la necesita. Ha cargado sus bultos durante doce meses, alegre o fatigosamente, y ahora los coloca en tierra, se echa su trago

y vuelve a marchar con la carga sobre los hombros, tras de haberse dicho, quizá mintiéndose piadosamente, que es otro el peso y otra la ruta.

Alguien ha dicho que hemos decorado el tiempo, como el preso que pinta caras, flores, palabras, en las paredes de su celda, embelleciendo como puede su prisión, y que, de este modo, he-



mos fingido que gobernábamos su fluencia poniendo rojo en algunos números del calendario (inventando el calendario, en realidad). Como niños ganados por su fantasía, suponemos entonces que el embuste es la verdad. ¿Qué sería, si no —se dijo aquel pesimista—, el ir de un cabo a otro de la vida sin efemérides, es decir, sin fechas durante las cuales podemos pensar que somos señores de nosotros mismos y de nuestro mundo? Un monótono, rígido, implacable, sombrío continuar de todo, como los muros de una enorme mazmorra, rodearía nuestra persona. No obstante, sabemos que hay una permanente renovación, y que gracias a ella los frutos maduran, el sol repite su luz, el amor se enciende en el corazón y los niños nos anuncian el mañana. Y aunque ese renacimiento no elige los días que hemos coloreado en el almana-

que, estas pausas son su signo, lo representan convencionalmente.

No habrá muchos que utilicen la medianoche del 31 de diciembre para hacer un balance estricto de lo que han hecho y se prometan firmemente lo que harán. Pero cualquiera puede comparar la tristeza de antaño con la alegría de hogaño, la soledad del pasado con la compañía del presente, la miseria sobrepasada y el bienestar ganado, o viceversa, y realizar así esas cuentas que nos expresan que, si bien entre la noche de ayer y la mañana de hoy todo está igual, los hechos no son los mismos, que algo se hermosea o marchita en el curso del tiempo, y que por eso el tiempo recibe la veneración secular del hombre, antes como un dios veletudinario que mueve la clepsidra y ahora como un principio filosófico cuyo secreto ocupa tantas meditaciones sesudas. Valor tremendo el del tiempo que diariamente manejamos como si se tratara de una realidad concreta: “ganamos tiempo”, “perdemos el tiempo”, “hacemos tiempo”, “nos damos tiempo”, “matamos el tiempo”, etc.

En fin, había que sentarse a la máquina y escribir alguna cosa sobre el año que acaba y el que se inicia, y ya está hecho. Al concluir esta nota nada, en apariencia, habrá cambiado, pero en esencia muchas cosas habrán acontecido en la inmensa extensión de la existencia. Que eso no nos importe demasiado, ni poco ni mucho, porque a la postre todo consiste en hacer como se han hecho esas páginas: un propósito, una voluntad, una acción. Es decir, un ir hacia adelante, en pos de ese destino que conforme lo conquistamos se aleja más y más.